

## **Ajustes domésticos ante el reajuste estructural. La experiencia de los obreros desocupados**

*Margarita Estrada Iguíniz*

LA DESOCUPACIÓN EN UN CONTEXTO ECONÓMICO y social como el que hemos vivido durante los últimos quince años es una experiencia cada vez más cotidiana para la mayor parte de la población. Los recortes de personal se han ejecutado, bajo diversos argumentos en instituciones bancarias y comerciales, en empresas pertenecientes a todas las ramas industriales y en la administración pública.

El problema de la desocupación no es exclusivo de México; actualmente una de las principales causas del aumento en el número de desocupados se encuentra en las medidas instrumentadas para resolver los problemas de mercado que enfrenta la producción industrial mundial, en lo que se ha denominado el reajuste estructural (Coriat 1992; Offe, 1992).

Esta dinámica de restructuración ha ocasionado cambios muy profundos en la actividad económica mexicana. Las transformaciones se han planteado como respuesta a las crisis que afectaron la economía de la nación durante la década pasada (1982 y 1987), y como medidas necesarias para sentar las condiciones que permitirían la integración completa de la economía del país en la dinámica mundial. Las transformaciones han afectado a todos los sectores económicos, desde la actividad agrícola hasta la financiera.

En particular, la industria mexicana ha enfrentado problemas de diversa índole durante la década de los años ochenta. El mercado interno sufrió una severa contracción ocasionada por el deterioro del poder adquisitivo de los salarios. Las políticas de apoyo a la industria cambiaron: el objetivo era ahora insertar al país plenamente en la economía mundial y atraer la inversión extranjera. Para alcanzar estas metas era necesario modificar drásticamente las condiciones en que había trabajado la industria durante los últimos 40 años. La competitividad fue uno

de los problemas más serios que se tuvo que resolver, pues se abrieron las fronteras y se permitió la entrada a los productos fabricados en el extranjero, los cuales no pocas veces desplazaron a los elaborados en México. Por otra parte, las empresas mexicanas se vieron obligadas a tratar de colocar sus mercancías en los mercados internacionales. A estas políticas se añadió la existencia de serias dificultades para obtener financiamiento, que fueron resultado por una parte del aumento de las tasas de interés, y por otra, de la reducción de los créditos destinados a ese sector. (De la Garza, 1988).

Este conjunto de disposiciones destinadas a reestructurar la planta industrial han traído consigo un gran cambio en la relación salarial. Por lo que se refiere al proceso de producción, éste se ha reorganizado y se ha introducido nueva tecnología: se trata de producir más, en el mismo tiempo, con el mismo costo, y sin incorporar más mano de obra. Las consecuencias inmediatas sobre los asalariados no se han hecho esperar; las condiciones de trabajo se han modificado radicalmente: las antiguas calificaciones están perdiendo su valor; han cambiado las formas de contratación, y por ello ha disminuido el número de obreros que tienen planta y se ha incrementado el de los contratados temporalmente; se han modificado los requerimientos a la mano de obra, y las empresas contratan preferentemente hombres y mujeres jóvenes. Por otra parte, en tanto que las mercancías que fabrica la industria no están dirigidas al consumo de los trabajadores, sino elaboradas para la exportación, los salarios se consideran sólo un costo de producción, y han dejado de ser un elemento de consideración para incrementar el consumo de los bienes manufacturados. El resultado ha sido un fuerte deterioro del poder adquisitivo de los obreros (De la Garza, 1988 y 1990; Garavito, 1990).

Otro aspecto que ha afectado directamente a los trabajadores es que la reestructuración, junto con las dificultades financieras, la contracción del mercado interno y la reorientación de la producción al mercado externo, ha traído como consecuencia el cierre de numerosas empresas y el fortalecimiento de unas cuantas, lo que a su vez ha significado la disminución en el volumen de empleo en todas las ramas, con excepción de la industria maquiladora de exportación.<sup>1</sup>

<sup>1</sup> Entre 1980 y 1993 el empleo en la industria de transformación experimentó un crecimiento negativo. Según el Instituto Nacional de Estadística, Geografía e Informática (INEGI) en esos años fue despedido 20.5% de la planta laboral existente al inicio de los años ochenta. Por otra parte, el incremento en el empleo en la industria maquiladora de exportación no ha sido suficiente para compensar la pérdida que han experimentado otras ramas. Además, está muy lejos de ser éste un sector de trabajo privilegiado.

Las nuevas condiciones de trabajo en la industria han afectado lo mismo a los obreros de empresas muy dinámicas, como Pemex, que a quienes trabajan en otras más tradicionales como las textiles. El panorama para los obreros, lo mismo hombres que mujeres, jóvenes o maduros, se puede resumir en menos empleos, mayor inestabilidad laboral, mayores exigencias en el trabajo cuando se tiene, y menor salario; es decir, en un deterioro de sus condiciones de trabajo y también de sus condiciones de vida (De la Garza, 1988).

En este contexto, la desocupación es una experiencia cada vez más frecuente para los obreros. No obstante que el problema afecta a muchas personas, una de sus características es que aísla a quien la padece y dificulta su contacto con otros que están en una situación semejante. Así pues, quienes han perdido su empleo viven la problemática de manera individual, al margen de cualquier tipo de organización más amplia.

Una de las consecuencias de este aislamiento es que los cambios que trae consigo afectan las actividades diarias y los ámbitos cotidianos. Afecta a los individuos pero también a sus familias. Los efectos de la desocupación se conforman en los esfuerzos por satisfacer las necesidades personales y familiares, en las actividades que despliegan para obtener recursos necesarios para la subsistencia, es decir, en la dinámica de los cambios que se realizan para enfrentar el problema. Las modificaciones se van concatenando una tras otra, hasta que forman una situación familiar diferente a la que existía antes de la pérdida del empleo.

Este trabajo centra su atención en el impacto que la desocupación tiene sobre las familias de un sector social específico —un grupo de obreros manufactureros y petroleros de la ciudad de México. Interesa destacar la especificidad de la experiencia de los obreros desocupados, una vez que se dan cuenta de que en el corto plazo no conseguirán un empleo remunerado en la industria, ni en ningún otro sector de la economía. Dada la complejidad de los cambios que experimenta la unidad doméstica, aquí se retomarán sólo dos aspectos de las transformaciones que trae aparejadas la desocupación: el análisis de las estrategias que han instrumentado para obtener sus medios de vida, y cómo la realización de estas estrategias modifica la participación personal de cada uno de los integrantes de la unidad doméstica y sus actividades individuales.

El material empírico que presentamos proviene de una investigación, realizada en la ciudad de México, sobre el impacto de la desocupación entre las familias de obreros petroleros despedidos como consecuencia del cierre de la refinería 18 de Marzo y de los despedidos de la industria manufacturera. Para este segundo grupo, seleccionamos a los informantes considerando su lugar de residencia; debían vivir en la Unidad Piloto del Infonavit o en Tizapán, y haber estado empleados en em-

presas pertenecientes a la industria manufacturera durante más de la mitad de su vida laboral.<sup>2</sup>

Entrevistamos un total de 90 personas, 46 mujeres y 44 hombres; 53% había sido petrolero, el resto había laborado en diversas ramas de la industria de transformación. Las edades de estos trabajadores oscilaban entre los 17 y los 65 años; sin embargo, 43% tenía menos de 27 años, otro 45% se encontraba entre los 27 y los 50, y 12% restante tenía más de 50 años. Sólo dos de estas personas provenían del campo, las demás habían nacido en zonas urbanas, en su mayoría en la ciudad de México. La escolaridad correspondía a su origen urbano y edad: se incrementaba a medida que disminuía la edad y sólo dos personas no sabían leer ni escribir (Estrada, 1994b).

Por otra parte, 70% de los entrevistados vivía en unidades familiares extensas. El resto se distribuía (15% y 15%) entre unidades nucleares en la etapa de expansión y de equilibrio. No encontramos ninguna unidad nuclear en la etapa de remplazo (*ibidem*).

Sus carreras laborales eran muy diversas; sin embargo al clasificarlos por grupos de edad presentaban algunos rasgos comunes. Así, los más jóvenes, quienes tenían menos de 27 años, mostraban gran inestabilidad en el empleo: sólo habían trabajado con contratos temporales, es decir, cada tres meses debían conseguir un nuevo contrato, meta que con frecuencia tardaban por lo menos un par de semanas en alcanzar. Esta forma de inserción en la empresa, significaba entre los manufactureros que debían ocupar los puestos menos calificados y no tenían derecho a indemnización, condiciones que tenían consecuencias durante los periodos de desocupación, como se verá más adelante. La situación de los petroleros jóvenes mostraba algunas diferencias, pues aunque todos eran transitorios y periódicamente tenían que conseguir un nuevo contrato, ellos sí llegaron a ocupar puestos que requerían más calificación, y cuando cerró la refinería sí fueron indemnizados (Estrada, 1992; 1994b).

La trayectoria laboral del segundo grupo difería notablemente. La antigüedad en su último empleo abarcaba un rango que iba desde los ocho hasta los 15 años, además la mayoría de ellos poseía una calificación obrera. La diferencia más importante entre petroleros y manufactureros, en este grupo, radicaba en el tipo de calificación que poseían los antiguos trabajadores de la refinería.

<sup>2</sup> El trabajo de campo se realizó durante 1990 entre los manufactureros, y a partir de abril de 1991 y durante el resto del año entre los petroleros.

Los obreros mayores de 50 años estaban jubilados, pero el importe de la jubilación resultaba insuficiente para cubrir sus gastos, de manera que estas personas vivían en unidades extensas y debían buscar formas para incrementar los ingresos del grupo doméstico.

### **Las actividades por cuenta propia**

Entre los obreros entrevistados, algunos consideraron que la indemnización que recibieron cuando fueron despedidos les brindaba la oportunidad para independizarse, y emprender alguna actividad por su cuenta que les permitiera mejorar sus condiciones de vida. Otros, por el contrario, intentaron emplearse de nuevo en la industria. Una vez que todos sus esfuerzos por obtener otro empleo remunerado habían fracasado, decidieron probar suerte incursionando en algún tipo de “negocio”. Como resultado de una opción personal o bien porque era la única alternativa viable, este grupo de obreros empezó a tratar de ganarse la vida trabajando por su cuenta.<sup>3</sup>

Algunos empezaron a vender dulces o alimentos elaborados en el hogar; otros fabricaron muebles de madera o prendas de vestir; los que sabían de electricidad o mecánica ofrecieron sus servicios a sus vecinos y en colonias cercanas; otros más compraron sábanas, “fayuca” y aparatos electrodomésticos para venderlos entre conocidos y parientes; entre los petroleros hubo quienes lograron comprar un taxi con el dinero de la indemnización, y se dedicaron a trabajarlo.

Una diversidad de giros tan amplia supone que las condiciones para el desarrollo de cada uno de ellos tendrá características particulares. Del análisis más detenido de los rasgos de cada actividad, y de quienes la desarrollan, se desprenden elementos que son decisivos en el momento en que los obreros optan por una u otra forma de trabajo por cuenta propia. Los requerimientos más importantes son la inversión y las destrezas indispensables para llevarlas a cabo.

La clasificación de las actividades, tomando en consideración ambas variables, incluyó los siguientes rubros: elaboración y venta de alimentos, fabricación de mercancías, venta de mercancías y servicios personales.

<sup>3</sup> Los obreros jóvenes entraban y salían de la industria, y entre un periodo de empleo y otro realizaban diversas actividades tendientes a obtener ingresos. De los obreros del segundo grupo (entre 27 y 50 años) sólo tres volvieron a emplearse en la industria.

*Elaboración y venta de alimentos*

Esta actividad requiere muy poca inversión, pues para su desarrollo se utiliza la infraestructura doméstica existente y sólo es necesario adquirir las materias primas. Éstas se compran diariamente, y al principio se elabora poca comida o se compran unas cuantas golosinas o abarrotes para la venta. Si el "negocio" tiene éxito, se va ampliando, pero de cualquier manera la inversión está en relación directa con la venta cotidiana del producto.

Como la mayor parte de las tareas que implica su desarrollo se llevan a cabo en el hogar, se incorpora el trabajo de los distintos integrantes del grupo doméstico. De manera que en su relación participan todos los integrantes de la unidad doméstica: ancianos, hombres, mujeres y niños.

Al analizar quiénes habían optado por esta modalidad de trabajo por cuenta propia, encontramos que eran las familias de las personas que tenían poca antigüedad en el empleo, en particular las de los obreros jóvenes. En el momento en que fueron liquidados o cuando finalizó su contrato, estas personas o no recibieron indemnización o su monto fue muy reducido. Por este motivo carecían de los recursos suficientes para emprender actividades que requieren de algún tipo de maquinaria, herramienta, o insumos más costosos, o bien para comprar mercancías cuya venta les podría dejar mayor ganancia. Estas formas de trabajo por cuenta propia se desarrollaban en 40% de las unidades domésticas.<sup>4</sup> En algunas era la única actividad económica que desarrollaban, en otras las realizaban de manera simultánea y como complemento a otras actividades de las que se señalan a continuación.

*Venta de mercancías*

Para dedicarse a la venta de productos industriales, como zapatos, blancos, prendas de vestir, aparatos electrodomésticos productos de contrabando (o "fayuca" como también se le denomina), se requiere tener dinero suficiente para adquirir el primer lote del producto que se va a vender. También se necesita poseer una amplia red de relaciones sociales, conformada por parientes y vecinos, quienes son los clientes poten-

<sup>4</sup> El total de los porcentajes es superior a 100, debido a que en algunos hogares se realizaba más de una actividad.

ciales. Ambas condiciones restringen las posibilidades de muchos de los obreros para desempeñar esta actividad. De hecho, los que optaron por esta modalidad de trabajo por cuenta propia fueron petroleros y manufactureros que tenían arraigo en la zona de vivienda y antigüedad en la empresa. Ambos factores se combinaron y abrieron la posibilidad de incursionar en este tipo de venta al 30% de los entrevistados.

El desarrollo de esta actividad también se apoyaba en los diferentes miembros de la familia. Se recurría a la red de relaciones sociales de todos ellos para vender, pero también se pedía su colaboración en las tareas relacionadas con la venta. Algunas de las labores en las que participaban los distintos miembros del grupo familiar eran acompañar a quien iba a comprar o a vender las mercancías, colaborar en el traslado de éstas y ayudar a hacer las “cuentas”.

#### *Fabricación de mercancías*

Para dedicarse a la fabricación de mercancías es necesario cubrir una serie de condiciones. Se necesita poseer las destrezas y los conocimientos necesarios para su elaboración; también se requiere tener la herramienta, la maquinaria y los insumos indispensables y, además, es preciso contar con la posibilidad de comercializar el producto que se fabrique. Estas condiciones son una limitante muy seria que impide que muchos obreros desocupados opten por esta modalidad de trabajo. Sólo los calificados podían pensar en abrir un taller mecánico, dedicarse a fabricar muebles de madera o coser ropa. Pero entre los que poseían las habilidades necesarias, había quienes carecían de la herramienta y maquinaria indispensables para llevar a cabo un proyecto de esa naturaleza. Finalmente y con frecuencia, el mercado se convertía en el problema por resolver cuando ya habían fabricado las mercancías, pero no podían venderlas. Dichos factores impidieron a algunos obreros el desarrollo de esta forma de trabajo.

De los entrevistados, 17% logró echar a andar un taller, y también requirieron de la participación de otros miembros de la familia, aunque de manera más selectiva. En su incorporación sí intervenían cuestiones como la edad y el género, a diferencia de las que se analizaron antes. En el caso de la carpintería, por ejemplo, la participación de las mujeres era escasa y se utilizaba de manera más regular el trabajo de los hijos varones. La confección de prendas de vestir, por el contrario, incorporaba sobre todo el trabajo de las mujeres —niñas, jóvenes o adultas— que habitaban en la casa.

Una forma de trabajo que no se encontró fue la maquila domicilia-

ria. A pesar de que está cada vez más extendida entre los sectores populares, ninguno de estos obreros la practicaba, ni la consideraba como una posibilidad. Al explorar las razones de su ausencia, argumentaban que supone la sujeción del trabajador a las condiciones de pago y de entrega que impone el que la contrata; además, consideraban que es un trabajo mal remunerado, razón por la cual no ofrece la posibilidad de mejoría de las condiciones de vida. Tales circunstancias hacían poco atractiva una actividad que implicaba la misma o mayor intensidad que el trabajo en la industria, pero con una retribución menor y sin prestaciones.

#### *Los servicios personales*

La problemática de quienes se dedican a ofrecer servicios al público no es muy distinta a las dos actividades anteriores. Se requiere tener una calificación: electricista, mecánico o plomero, por mencionar algunas, y dinero suficiente para comprar las herramientas que se utilizan o el coche y las placas si se está planeando convertirse en un taxista; la red de relaciones sociales también es, en ciertos casos, un elemento que puede ayudar al éxito en esta modalidad de trabajo. Estas actividades eran realizadas por 17% de los obreros que habían acumulado mucha antigüedad y habían ocupado los puestos mejor remunerados en sus empleos industriales, y por ello recibieron mayores indemnizaciones cuando los despidieron.

Estas actividades por lo general son efectuadas por los varones y se realizan fuera del hogar. Esta última condición dificulta la participación de todos los integrantes de la familia, pero permite al obrero introducir a sus hijos u otros parientes en el conocimiento del oficio.

\* \* \*

Estas cuatro modalidades de trabajo por cuenta propia permiten obtener ingresos muy diversos: las actividades que generan menores ganancias son las que requieren menos inversión e incorporan el trabajo de más personas, como es el caso de la venta ambulante de alimentos; las que permiten obtener más dinero necesitan mayor inversión, y la participación de los miembros de la unidad doméstica es más selectiva, como sucede en el caso de los servicios personales.

Cuando los obreros optaban por alguna de estas modalidades de trabajo, un elemento que tenía un gran peso en su decisión era su carrera laboral previa en la industria. La antigüedad en la empresa y el tipo

de puesto ocupado incidía directamente sobre el monto de la indemnización, y de éste dependían en gran medida sus posibilidades de iniciar un negocio que les brindara la oportunidad de ganar más dinero. Además, las habilidades que les permitían ofrecer sus servicios personales o fabricar mercancías también habían sido adquiridas en el trabajo industrial, de manera que la trayectoria laboral en la industria seguía teniendo importancia en la vida de los obreros aun después de que habían perdido su empleo, pues era un factor de gran peso en el momento de decidir qué tipo de trabajo desarrollarían.

### **Del trabajo asalariado al trabajo por cuenta propia: la reorganización de la unidad doméstica**

El tránsito del trabajo asalariado al trabajo por cuenta propia obliga a las unidades domésticas a realizar ajustes que afectan, sobre todo, su forma de organización. Los nuevos arreglos responden principalmente a las diferencias que existen entre ambas formas de trabajo, pues cualquier clase de actividad laboral influye en todos los ámbitos de la vida de quienes la realizan, en particular en aquel en el que transcurre su vida familiar. En este sentido, la forma de organización de la vida doméstica de los obreros responde a las exigencias que les plantea su participación en la industria como asalariados. Cuando los integrantes de estos hogares atraviesan por un periodo de desocupación e incursionan en cualquiera de las modalidades de trabajo por cuenta propia, cambian las condiciones en que laboran y la organización del grupo doméstico debe modificarse.

El cambio de las características del trabajo afecta diversos aspectos de la vida de la unidad doméstica. La administración de los recursos económicos, por ejemplo, se modifica. Esto se debe, por una parte, a que los ingresos no llegan al hogar con la periodicidad con que lo hacía el salario, ni con el mismo monto, lo que obliga a organizar los gastos bajo una racionalidad diferente, pues se carece de certeza acerca de la regularidad con que se recibirá el dinero y de su cuantía. Además, se debe privilegiar la inversión que requiere el “negocio” para seguir funcionando. Esto exige que las unidades domésticas pospongan algunos de sus gastos, lo que significa una forma distinta de administrar el dinero respecto a la etapa en que el ingreso más importante era el salario industrial, que se podía utilizar íntegro para cubrir las necesidades del grupo familiar.

Sin embargo, la diferencia que más consecuencias tiene sobre la organización de la unidad doméstica y las actividades de sus miembros

es que en el trabajo fabril sólo participa el obrero, y el resto de los miembros de la unidad no tiene un contacto directo con las condiciones y características de las labores que efectúa el asalariado. Incluso les está vedado el acceso al espacio físico donde se trabaja, la fábrica.

Esta característica del trabajo industrial tiene implicaciones en varios ámbitos. Por un lado, aleja a los obreros de la interacción permanente con el resto de los integrantes de la unidad doméstica; una parte muy importante de su vida, tanto por el tiempo como por el significado que se da a la actividad que efectúa, transcurre fuera del hogar. Por otro, en el trabajo establecen relación con otras personas con quienes comparten experiencias, problemas e intereses. Estas dos características convierten al hogar, desde la perspectiva de los obreros, en un ámbito exclusivamente familiar.

El desarrollo de actividades por cuenta propia, por el contrario, requiere de la participación directa de los integrantes de la unidad doméstica, aunque su colaboración es diferenciada según su edad y sexo, y de acuerdo con la actividad, como vimos antes. Este apoyo de los hombres, mujeres y niños implica un cambio en la rutina de cada uno de ellos.

Por otro lado, la mayoría de las actividades convierten al hogar en el ámbito familiar, pero también en el laboral. Las mujeres combinan los quehaceres domésticos con la realización de la actividad por cuenta propia. Los niños asisten a la escuela, pero además cooperan con los adultos en las tareas que les han sido asignadas. Los varones permanecen muchas horas en la casa laborando en el taller, organizando las mercancías que venden o esperando que alguien les solicite un trabajo. La colaboración de todos los integrantes y la ausencia de una división espacial entre el espacio familiar y el laboral, modifican los papeles preestablecidos y el contenido de las relaciones entre los miembros.<sup>5</sup>

En la experiencia de trabajo industrial, la separación física del espacio de trabajo y el de la vivienda favorece que se establezcan papeles claramente definidos entre las personas que salen a trabajar fuera del hogar, y quienes permanecen en él. Como parte de esta dinámica en la que se establecen responsabilidades y derechos, el obrero es el responsable de la manutención de la familia, en el sentido de que su salario semanal es el ingreso más importante para el aprovisionamiento de los

<sup>5</sup> Las prácticas sociales condicionan las actividades que realizan las personas, y sustentan los patrones de comportamiento que establecen, entre otras cosas, las diferencias entre los papeles y actividades de los hombres y las mujeres, o entre los niños, los jóvenes, los adultos y los ancianos. A partir de tales normas, en los hogares se establecen las actividades que son apropiadas para cada uno de sus miembros (Young y Vera, 1993).

medios de vida que necesita la unidad doméstica. En estrecha relación con esta responsabilidad, el trabajo industrial es considerado por los obreros y sus familias como fuente de reconocimiento social; otorga un estatus, y quienes lo desempeñan tienen un lugar especial dentro de la unidad doméstica y del grupo social en el que se desenvuelven. Estos factores contribuyen a conferir un significado particular al trabajo industrial. Para ellos, realizar esta labor les brinda la conciencia de que ganan el sustento realizando algo digno de lo cual no se avergüenzan. Desde su percepción, el rendimiento en el trabajo es el medio que permite a las personas alcanzar cada vez mejores condiciones de vida.

Para estos obreros, la desocupación trastocó los significados, derechos y obligaciones que eran parte de la participación laboral en la industria. Muchos debieron renunciar a sus calificaciones que eran fuente de orgullo, pues sus destrezas ya no eran utilizables, y por lo mismo, habían perdido su valor. Además, dejaron de ser los generadores de ingresos más importantes de la familia; no podían cumplir el papel que tenían asignado, y esto les generaba sentimientos de frustración e inconformidad.

Una vez que iniciaban alguna actividad por cuenta propia, los obreros se enfrentaban al hecho de que tenían que renunciar a su modo de vida anterior. La regularidad del horario, de la actividad y de los ingresos quedaba atrás. Todos sin excepción empezaron a laborar más de ocho horas diarias, tanto los que vendían dulces, como los taxistas, los que fabricaban muebles, quienes reparaban automóviles o vendían "fayuca". La suma de todo el tiempo que invertían en el "negocio", incluso en las actividades que se desarrollan de manera intermitente, siempre era superior una jornada laboral en la industria.<sup>6</sup> Desgraciadamente el aumento de tiempo invertido en trabajo no se traducía en mayores ingresos.

Por otra parte, al dedicarse al trabajo por cuenta propia estos obreros han perdido la exclusividad que les daba el salario industrial en la manutención de la familia. La colaboración de otros miembros de la unidad doméstica, incluso la de quienes lo hacen como aprendices de un oficio, les impide considerarse los únicos que aportan un ingreso proveeniente del trabajo al hogar. Sin embargo, a su favor opera la estructura autoritaria de las familias obreras que, aunque no exclusiva de ellas, sí

<sup>6</sup> Diferentes autores han señalado que una de las características del trabajo por cuenta propia es la necesidad de invertir mayor tiempo en su realización (Arias, 1988, 1992; Alonso, 1988; Escobar y G. de la Rocha, 1988).

es una de sus características.<sup>7</sup> Este rasgo les confiere a los varones, en particular a los obreros que trabajaron varios años en la misma empresa, un estatus que les permite conservar algunos de sus privilegios aunque ya no exista la condición que les permitió alcanzarlos: el salario proveniente de la industria.

En este contexto, para las mujeres compartir con sus cónyuges la responsabilidad de la manutención familiar no suele ser una ventaja. La estructura autoritaria prevalenciente en sus hogares les dificulta cambiar el trato que brindan a los varones, y a ello se añade que su trabajo aumenta considerablemente. Es frecuente que las mujeres más jóvenes tengan posibilidades de obtener un empleo remunerado.<sup>8</sup> Ellas se emplean, porque obtienen un ingreso seguro y el acceso a las instituciones de seguridad social. Como sus familias se encuentran en una etapa de expansión y como tienen niños pequeños, los servicios de salud son una prestación muy importante para el grupo. Para estas mujeres, la desocupación masculina significa la necesidad de salir a trabajar fuera del hogar y dejar a sus hijos menores a cargo de otras personas, mientras los hombres tratan de sacar adelante una actividad por cuenta propia.

Las mujeres maduras tienen ante sí perspectivas diferentes. Su edad les dificulta encontrar un empleo remunerado, de manera que optan por apoyar al cónyuge en el trabajo por cuenta propia, o bien, desarrollan por su parte otra actividad de esta naturaleza. Es frecuente que con anterioridad y de manera intermitente, hayan tenido iniciativas de este tipo. Las actividades por cuenta propia son el mecanismo al que recurren las unidades domésticas de bajos ingresos para cubrir los gastos imprevistos o extraordinarios, como son un festejo especial o algún proyecto familiar: la construcción de un cuarto, la compra de algún aparato electrodoméstico o de mobiliario. En estas ocasiones su actividad no se consideraba un trabajo, pues el dinero estaba destinado a gastos excepcionales. Cuando el trabajo por cuenta propia se convierte en la única fuente

<sup>7</sup> Investigaciones realizadas entre obreros en distintos países muestran que un rasgo propio de las familias obreras es la estructura autoritaria (Assessorato, 1978, Hoggart 1990; Nieto 1992; Schwartz, 1990; Sennett & Cobb, 1973). Ésta se atribuye, por un lado, al papel del asalariado de sostén económico del grupo familiar (Horkheimer, 1976), por otro, a su falta de estatus y a la necesidad de sujetarse a las órdenes de otros en el ámbito laboral. Esta última circunstancia los lleva a trasladar el sistema de dominio de la fábrica al hogar con la diferencia de que aquí desempeñan el papel de supervisor o patrón (Carbonaro y Nesti, 1975; Sennett y Cobb, 1973).

<sup>8</sup> Uno de los aspectos de las políticas de contratación actuales es que han aumentado las contrataciones temporales, y este tipo de vacantes se cubren con mano de obra poco calificada, preferentemente hombres y mujeres jóvenes (Safa, 1990).

de ingreso, o cuando es realizado por los hombres, la percepción familiar acerca de éste se modifica y se empieza a considerar con el mismo estatus que se le da al trabajo industrial.

Para las obreras que perdían su empleo, la desocupación y el tránsito al trabajo por cuenta propia tenían menos consecuencias que para el resto del grupo entrevistado. Por una parte, a pesar de que sus ingresos eran muy importantes para la subsistencia de la unidad doméstica, obraba en su favor que se considere que no es responsabilidad de las mujeres la manutención de los hijos, y mucho menos la del marido. En este sentido, la pérdida del empleo no venía acompañada de un sentimiento de devaluación personal, que sí se encontró entre los varones. Por otra parte, las que encabezaban el hogar ya realizaban de manera simultánea al trabajo industrial alguna actividad por cuenta propia, obligadas, en gran medida, por la precariedad de los salarios que percibían. Para ellas la desocupación no significó incursionar en una actividad desconocida, sino sólo tratar de diversificar y dedicar más tiempo a la que ya venían desarrollando con anterioridad.

La situación de los hijos de estos obreros y obreras ciertamente se veía afectada por la desocupación y las nuevas modalidades de trabajo que instrumentaban sus padres. Muchos de los que habían concluido la primaria se vieron presionados a buscar un empleo. Sin embargo, ninguno abandonó los estudios durante los periodos de desocupación o por la necesidad de colaborar en el trabajo por cuenta propia. Los grupos familiares buscaban que su forma de participación no interfiriera con la asistencia a la escuela, aunque sí les reducía el tiempo que podían dedicar al estudio en el hogar o a su esparcimiento personal.

### **Reflexiones finales**

La dinámica de crecimiento económico de los últimos años ha tenido como resultado la exclusión de los beneficios económicos, políticos y sociales de amplias capas de la población, que con anterioridad sí participaban de ellos, como es el caso de los obreros. Una de las expresiones más claras de esta exclusión está en el aumento que ha experimentado el número de personas que trabajan por su cuenta para hacer frente a las condiciones de pobreza urbana en que viven. En el contexto actual, el trabajo por cuenta propia significa un retroceso para quienes laboraban en otros sectores de la economía, pues por un lado los coloca en una situación en la que deben trabajar más, como individuos y como grupo familiar, y por el otro, las condiciones para tener éxito son cada vez más difíciles; además, esta forma de laborar no trae consigo un alza

en las condiciones de vida, en el mejor de los casos sólo permite mantenerlas.

Actualmente realizan actividades por cuenta propia tanto quienes tradicionalmente se han ganado la vida de esa manera, como los despedidos de empresas industriales, de servicios, comerciales y de la burocracia, y quienes buscan aumentar los ingresos familiares para contrarrestar el deterioro de sus condiciones de vida. Sin duda todas estas personas laboran en condiciones semejantes; sin embargo esta similitud es el resultado de la confluencia de procesos de naturaleza muy distinta, y por lo mismo las implicaciones para las personas también son diversas. Hemos visto cómo, para los obreros, la trayectoria laboral en la industria repercute directamente en el tipo de actividad por cuenta propia que realizan, y cómo su participación en el empleo industrial era decisiva en el papel que desempeñaban dentro del grupo familiar. En ese sentido, el cambio de ocupación de asalariado a trabajador independiente no puede borrar las experiencias previas, ni los rasgos particulares que el desempeño de su profesión —ser obreros—, ha desarrollado en ellos.

Los cambios que experimenta la organización doméstica cuando transitan al trabajo por cuenta propia hacen evidente la importancia de las características y las condiciones de trabajo en su relación con la organización familiar. Al modificarse la primera, se genera una dinámica de cambio que impide que la segunda permanezca inalterable.

Esta dinámica de cambio en que se ve envuelta la unidad doméstica es posible, en gran parte, gracias a su flexibilidad, basada en las características de sus integrantes, que son muy diversas en cuanto a edad, género y aptitudes de cada uno de ellos. La disponibilidad de recursos humanos tan heterogéneos permite que se desarrollen tanto las actividades orientadas a generar ingresos como las tareas domésticas, de manera que quede garantizada la reproducción del grupo familiar. En este sentido, si bien son condiciones externas las que provocan los cambios en la unidad doméstica, sus rasgos propios y sus condiciones internas hacen posibles tales modificaciones.

No obstante que el trabajo por cuenta propia y la reorganización familiar son formas de respuesta a la inestabilidad laboral y al deterioro salarial, tienen límites muy estrechos que no pueden impedir el deterioro de los niveles de vida, ni sustraer a sus integrantes de las consecuencias del reajuste estructural.

Las especificidades que entraña la experiencia de los obreros que se han dedicado a ese tipo de actividades ante la incapacidad de conseguir otro empleo remunerado en la industria, la problemática que enfrentan al reorganizar su vida y sus expectativas en torno a una serie de activi-

dades que no tienen ninguna semejanza con el trabajo industrial, permiten establecer algunos de los efectos microsociales que han tenido los cambios macroestructurales.

Recibido en febrero de 1995

Revisado en octubre de 1995

Correspondencia: Centro de Investigaciones y Estudios Superiores en Antropología Social (CIESAS)/ Juárez núm. 87/ Tlalpan/ México, D.F./ C.P. 14000/ FAX 655 55 76.

### Bibliografía

- Alonso, José Antonio (1988), "La maquila industrial domiciliaria en la metrópoli mexicana", *Estudios Sociológicos*, voi. VI, núm. 18, septiembre-diciembre, pp. 517-534.
- Arias, Patricia (1988), "El empleo a domicilio en el medio rural: la nueva manufactura", *Estudios Sociológicos*, núm. 18, septiembre-diciembre, pp. 535-552.
- \_\_\_\_\_ (1992), *Nueva rusticidad mexicana*, México, Conacuita.
- Asesorato per la cultura. Musei Civici. Musei Civici Torino (1978), "Cultura operaia e vita quotidiana in Borgo San Paolo", en *Torino tra le due guerre*, marzo, Torino, pp. 2-45.
- Carbonaro, Antonio y Arnaldo Nesti (1975), *La cultura negata. Caratteri e potenzialità della cultura popolare*, Florencia, Guaraldi.
- Coriat, Benjamín (1992), *El taller y el robot*, México, Siglo XXI.
- Escobar, Agustín y Mercedes G. de la Rocha (1988), "Microindustria, informalidad y crisis en Guadalajara, 1982-1987", *Estudios Sociológicos*, núm. 18, septiembre-diciembre, pp. 553-582.
- Estrada Iguñiz, Margarita (1992), "Trabajadores transitorios. El largo principio de la carrera laboral en Pemex", *Trabajo*, núm. 7, SEP/UAM-Iztapalapa/Centro de Análisis del Trabajo, A. C., pp. 7-13.
- \_\_\_\_\_ (1994a), "Dos maneras de entrentar el desempleo", *Signos*, núm. 2, Guadalajara, pp. 50-53.
- \_\_\_\_\_ (1994b), "Desocupación y familia. La experiencia de los obreros petroleros y manufactureros de la ciudad de México", México, Universidad Nacional Autónoma de México, tesis de doctorado en antropología.
- Garavito, Rosa Albina (1990), "Así les fue a los trabajadores", en Garavito y Bolívar (coords.), *México en la década de los ochenta. La modernización en cifras*, UAM-Azcapotzalco/El Cotidiano, pp. 251-292.
- Garza, Enrique de la (1988), "Desindustrialización y reconversión en México", *El Cotidiano*, núm. 21, enero-febrero, UAM-Azcapotzalco, pp. 2-8.

- (1990), “Reconversión industrial y polarización del aparato productivo”, en Garavito y Bolívar (coords.), *México en la década de los ochenta. La modernización en cifras*, UAM-Azcapotzalco/El Cotidiano, pp. 217-250.
- Hoggart, Richard (1990), *La cultura obrera en la sociedad de masas*, México, Grijalbo.
- Horkheimer, Max (1976), “Autoridad y familia”, en *Teoría crítica*, Buenos Aires, Amorrortu, pp. 76-151.
- Nieto, Raúl (1992), “Ciudad, cultura y clase obrera. Una aproximación antropológica”, tesis ENAH, México.
- Offe, Claus (1992), “¿Es el trabajo una categoría sociológica clave?”, C. Offe (coord.), *La sociedad del trabajo. Problemas estructurales y perspectivas de futuro*, Madrid, Alianza Editorial, pp. 17-51.
- Safa, Helen I. (1990), “Women and Industrialization in the Caribbean”, en Stichter y Parpart (eds.), *Women, Employment and the Family in the International Division of Labour*, Filadelfia, Temple University Press, pp. 72-97.
- Schwartz, Olivier (1990), *Le monde privé des ouvriers. Hommes et femmes du nord*, París, Presses Universitaires de France.
- Sennett, Richard y Jonathan Cobb (1973), *The Hidden Injuries of Class*, Nueva York, Vintage Books.
- Young, Gay y Beatriz Vera (1993), *Women, work and households in Ciudad Juárez. A report to the Asociación de Maquiladoras, A.C.*, Washington, D. C., Institute for Women’s Policy Research.